

— Así me gusta. Vaya, tome usted esa media corona y métala en su hucha.

— Muchas gracias, señora — dijo Rob — pero no quisiera que se privase usted por mí...

— Alabo su desinterés ; pero no piense usted que esta dádiva me perjudica — dijo miss Tox. — Me haría usted un desaire no tomando esta monedita. Ea, señor Robin. ¡ buenas noches !

— Buenas noches, señora : y muchas gracias.

Con esto, muy contento Rob y riéndose de la candidez de miss Tox, se fué á gastarse el medio peso en la primera pastelería que encontrase. Y es que la enseñanza recibida por Robin en los Grinders no era sino de hipocresía. Decían muchos viendo que los muchachos educados en aquella escuela eran á cual peor, que si no daba otro fruto la educación del pueblo valiera más no educarle de ninguna manera. Pero otras personas, mucho más razonables, observaban que lo procedente era dar mejor educación. Entretanto, los altos poderes de la Grinders' Company haciendo valer que algunos discipulos salían buenos á pesar del sistema, objetaban que éste no era malo. Con esto se fundamentaba y acrecía la gloria de la Institución de los Grinders.

## CAPÍTULO XXXIX

### NUEVAS AVENTURAS DEL CAPITÁN EDWARD CUTTLE

El tiempo, seguro de su paso y firme en su propósito, había caminado de prisa. El año, fijado como plazo por el viejo Solomón á su amigo ya estaba próximo á expirar ; ya pronto podría romper el capitán Cuttle el sobre del paquete que tenía en depósito y al que miraba por la noche con inquietud y misteriosamente.

Firme el capitán en sus sentimientos de honor, antes que anticipar ni una hora el vencimiento de aquel plazo, antes que abrir el sobre no debiendo aún hacerlo, se hubiera abierto él mismo en canal para estudiar su anatomía. Contentábase con sacar el pliego del armario donde lo tenía guardado, ponerlo encima de la mesa y pasarse dos ó tres horas por la noche mirándolo y fumando la pipa. Algunas veces en medio de esta contemplación se ponía de pie como queriendo sustraerse á la especie de fascinación que le producía el paquete ; pero si tal era su propósito no lo conseguía, porque, por mucho que se retirase de la mesa, aunque llegase á dar con la espalda en la pared y se quedase allí recostado, siempre se le iban los ojos al paquete. Y si alguna vez retiraba la vista

y la concentraba en el techo á en la lumbre de la chimenea, no por esto se le borraba la imagen del paquete, la cual se intercalaba diestramente entre las brasas ó tomaba posición ventajosa en el cielo raso.

En cuanto á « Delicias del corazón » seguía inspirando al capitán el mismo sentimiento de admiración y de respeto. Pero, después de su última entrevista con mister Carker, el capitán Cuttle había empezado á dudar, no sin inquietud, de si realmente su intervención en favor de Florencia y de Wálter habría sido tan favorable para ambos como hasta entonces se había imaginado. Turbado estaba, verdaderamente, el capitán, sospechando que quizás habría hecho más perjuicio que beneficio : atormentábale aquella idea y deseoso de enmendarse decidió abstenerse cuidadosamente de cuanto pudiera hacer daño, á quien quiera que fuese. Y aunque tuviera que arrojarle él mismo por la borda.

De esta manera, encerrado entre sus instrumentos, nunca se acercaba el capitán al domicilio de mister Dombey ni trataba de comunicar con Florencia ó miss Nipper. Hasta había roto sus relaciones con Perch, el día de su visita última á la oficina, pues á la salida de ésta habló al ordenanza diciéndole que le daba muchas gracias por su compañía, pero que cortaba las amarras en todas sus relaciones con aquella casa y aun no sabía bien porqué dejaba de poner fuego á cierto almacén de su conocimiento : en fin, no quería decir más sobre el caso. En aquel retiro, que el capitán se había impuesto, se le pasaban días y semanas sin hablar ni una palabra á nadie, con excepción de Rob á quien atendía en gran manera considerándole modelo de adhesión desinteresada y de fidelidad á

toda prueba. En este retiro, contemplando el misterioso paquete y fumando pasaba el capitán las noches. Sus pensamientos se concentraban en Florencia y en Wálter á quienes en su imaginación veía como transfigurados, ascendidos á un cielo de inocencia y juventud eternas.

Sin embargo, no descuidaba el capitán su propia instrucción y la cultura intelectual de Rob. Todas las noches tenía Rob una hora de lectura en cualquier libro y en voz alta : de modo que al chico le servía de ejercicio y al capitán de aprendizaje pues para él todo cuanto decían los libros eran verdades inconcusas. De este modo iba reuniendo el capitán en su cerebro una infinidad de cosas muy notables. Los domingos, de noche, el capitán leía á su vez, cierto Sermón Divino pronunciado en una Montaña y aunque tenía la costumbre de citar el texto, sin libro, á su manera, efectuaba la lectura con tanta reverencia por el espíritu celestial en que estaba inspirado como si hubiera sabido de memoria el mismo texto en griego y fuera capaz de escribir sobre cada frase gran número de doctas disquisiciones teológicas.

Rob el Grinder cuya reverencia por las sagradas Escrituras se inspiraba en el sistema particular de la Escuela de Grinders, tenía su inteligencia llena de nombres propios : sabía de memoria los nombres de todas las tribus de Judá, y los versículos más enrevesados aprendidos por vía de castigo. A la edad de seis años y vestido con calzón de cuero se había visto de plantón, por tres veces todos los domingos, en medio de la cargada atmósfera de la iglesia, junto á un órgano que zumbaba á su lado lo mismo que un abejarrón ocupadísimo. Así, cuando dejaba de leer el capitán, tomaba Rob las apariencias de una edificación

muy laudable, sin perjuicio de bostezar y de dormirse durante la lectura. Por suerte suya nunca le sorprendió el capitán en su somnoliente cabeceo.

El capitán Cuttle, convertido en hombre de negocios, se creía en el deber de llevar sus libros de comercio. Estos libros para él consistían en un registro de sus observaciones diarias acerca del tiempo y la dirección que seguían los carros y vehículos de toda especie. Por la mañana notaba que la corriente se dirigía hacia el oeste. La misma dirección predominaba durante el día; pero á la caída de la tarde la corriente tomaba la dirección contraria, al este. En el espacio de una misma semana entraron en la tienda dos ó tres transeuntes con propósito de comprar anteojos. No los compraron, se limitaron á examinarlos y dijeron que ya volverían. Pero esto fué bastante para que el capitán consignara en sus libros que los negocios iban bien reinando en ellos excepcional actividad. Por supuesto, no dejó de anotar la observación de que soplabá viento fresco noroeste y que había cambiado por la noche.

Una de las mayores dificultades con que luchaba el capitán era la que le ocasionaba el joven mÍster Toots con sus repetidas visitas. No hablaba casi nada, pero reía como si la trastienda fuese una habitación especialmente destinada á la risa : allí se estaba Toots mirando al capitán durante media hora, diariamente ó poco menos, sin adelantar por esto ni un paso en la estimación del marino. Al fin éste llegó á tener sospechas de si no sería Toots menos bueno de lo que parecía; si no sería más bien un disimulado y profundo hipócrita. Sus frecuentes alusiones á miss Dombey le parecían al capitán muy sospechosas. Pero sentía Cuttle cierta inclinación amistosa hacia aquel

joven y así se limitó á tenerle en observación hasta saber si merecía ó no su amistad francamente. Por el momento se redujo á lanzarle miradas, de sagacidad indefinible, siempre que se traía á colación el tema tan grato para Toots.

— Capitán Gills — prorrumpió Toots un día, de repente — ¿quiere usted acoger favorablemente mi ruego y dispensarme la merced de su amistad?

— Voy á decirle á usted, joven — contestó al capitán decidiéndose á entrar en acción. — Ya he pensado en ello.

— Capitán Gills, es usted muy amable — repuso Toots. — Le quedo muy agradecido. Palabra de honor : hará usted una obra caritativa concediéndome su amistad.

— Pero es el caso, hermano — dijo lentamente el capitán — que yo no le conozco.

— Ni me conocerá usted nunca, si no me concede usted su amistad — observó Toots con el mayor aplomo.

Quedóse el capitán perplejo ante aquella salida, tan original é inesperada. Entonces miró á Toots, verdaderamente sorprendido de verle tan hábil y arrogante.

— Bien dicho, joven — repuso Cuttle pensativo. — Es muy cierto. Vamos á ver ahora. Me ha hecho usted diferentes observaciones por las que he comprendido que admira usted á cierta dulce criatura. ¿No es así?

— Capitán Gills — dijo Toots gesticulando con violencia y agitando el sombrero en la mano — no es admirar lo que debiera usted decir. Palabra de honor : no ha comprendido usted mis pensamientos. Si tuviera que convertirme en negro y hacerme es-

clavo de miss Dombey, lo consideraría una dicha. Si al precio de cuantos bienes tengo, pudiera convertirme en perro de miss Dombey, en... en verdad, no me cansaría de brincar delante de ella : sería completamente feliz, capitán Gills.

Hablaba Toots con emoción tan grande que se le saltaban las lágrimas.

— Muchacho — repuso el capitán, conmovido él también — si habla usted con sinceridad...

— Capitán Gills — exclamó Toots — tal es el estado de mi ánimo y mi sinceridad es tan grande que quisiera jurarlo poniendo la mano en un hierro candente, en una brasa, en plomo derretido, en pez hirviendo ó en otra cosa semejante. Y me alegraría muchísimo de hacerme daño para realzar mis ideas. — Diciendo esto miró Toots en derredor de la habitación como buscando un instrumento con que llevar á cabo su deseado suplicio.

El capitán se echó atrás el sombrero de hule dejando despejada la frente; se pasó la mano por la cara, poniéndose más encarnada la nariz, y plantándose delante de Toots, mirándole fijamente al rostro le habló en estos términos :

— Si lo que dice usted es serio merece usted clemencia y la clemencia es la más brillante joya de la corona de Inglaterra, como puede usted ver en la Constitución, escrita en el *Rule Britannia*. Cuando haya usted encontrado esta cita comprenderá usted que este es el canto de los ángeles en el cielo, desde los tiempos más remotos. ¡Firmes! La proposición de usted me coge de través porque voy navegando muy mal, ¿comprende usted? marchó solo, no hay nave alguna de conserva conmigo, ni falta que hace. ¡Firmes! Usted me jala el primero, á propósito de

cierta señorita que le ha fletado y por la cual usted navega. Bueno ; pues si tiene usted que navegar por las mismas aguas que yo sigo, lo primero que ha de hacer usted es no pronunciar nunca el nombre de esa criatura, ni nombrarla ni hacer ninguna referencia á ella. Usted no se puede imaginar cuantas calamidades han resultado de haber pronunciado yo ese mismo nombre á la ligera. Con que ahora, echo el ancla. ¿ Ha comprendido usted, hermano ?

— Dispense usted, capitán Gills — replicó Toots — algunas veces me cuesta mucho trabajo entenderle. Palabra de honor : eso de no mencionar á miss Dombey es muy duro. Tengo tan grande peso aquí. — Toots se puso la mano en el pecho — que parece como si día y noche estuviera sentado alguien encima.

— Lo dicho, dicho — añadió el capitán. — Si le parece duro déjelo ; puede que lo sea en efecto. Váyase mar adentro, single á su gusto y despedámonos como buenos amigos.

— Capitán Gills — replicó Toots — yo no sé lo que es esto, pero después de lo que me dijo usted la primera vez que aquí vine, prefiero pensar en miss Dombey, sin nombrarla, al lado de usted, que hablar de ella á otras personas. Por consiguiente, capitán Gills, si tiene usted la complacencia de concederme su amistad, por mi parte acepto sus condiciones. Sin embargo — añadió retirando la mano que le había tendido al capitán — sin embargo, debo advertir honradamente que en cuanto á no hablar de miss Dombey está bien, pero en cuanto á no pensar en ella, eso no ; á eso no me comprometo : es imposible que prometa lo que de ninguna manera había de cumplir.

— Muchacho — dijo el capitán cuya opinión acerca

de Toots mejoró todavía más con motivo de esta cándida confesión — los pensamientos del hombre son lo mismo que el viento: nadie puede tener seguridad de su duración ni de su rumbo. Nosotros no tratamos más que de las palabras.

— Por lo que respecta á las palabras — repuso Toots — sí me parece que me puedo obligar.

Con esto dió Toots la mano al capitán Cuttle y ésta la estrechó con amabilidad y condescendencia, prometiendo formalmente amistad. Toots quedó muy contento y sus alegres risotadas menudearon en lo que aun se prolongó su visita. Por su parte no estaba el capitán descontento de ocupar aquella posición de patronato y parecía satisfechísimo de su prudencia y perspicacia. Pero por mucha que fuera la perspicacia del capitán Cuttle no le bastó para prever la jugarreta que aquella misma noche le hizo el ingenuo y sencillo Rob el Grinder. Acababan de tomar el te y estaban aún sentados á la mesa. El capitán leía un periódico, dignamente aunque no sin dificultad por los anteojos. Rob miraba á su amo disimuladamente hasta que de pronto quebrantó el silencio diciendo:

— ¡Oh! dispéñseme usted, capitán, pero ¿le vendría á usted comprar unas palomas?

— No, muchacho — replicó al capitán.

— Es porque quisiera vender las mías — dijo Rob.

— ¿Cómo, cómo es eso? — exclamó el capitán frunciendo un poco el cejo.

— Sí señor: porque, con permiso de usted, me marchó — añadió Rob.

— ¿Te marchas? — preguntó el capitán mirando al muchacho por encima de los anteojos — ¿Y á dónde?

— ¿Pues no lo sabía usted ya, capitán? — dijo Rob con una sonrisa maliciosa.

El capitán dejó el periódico, se quitó los anteojos y dirigió su mirada al desertor.

— Sí señor, me despido de su casa. Yo creí que ya lo sabía usted: — añadió Rob restregándose las manos y levantándose — si quiere buscar quien me reemplace cuanto antes, me alegraré mucho. Temo que no pueda usted encontrarlo para mañana por la mañana ¿eh, qué dice usted?

— De modo que vas á desertar de tu bandera — dijo el capitán después de mirar despaciosamente á la cara del chico.

— ¡Oh! es sumamente triste, capitán — exclamó Rob ofendido en su dignidad tan delicada — es sumamente triste verse calificar de desertor sólo por que uno se despide. No tiene usted derecho, capitán, á darme semejante nombre. No porque sea usted un amo y yo un pobre criado ha de poder usted insultarme; ¿qué le he hecho á usted? ¿Cuál es mi delito, si usted gusta?

El susceptible Grinder gimoteaba restregándose los ojos con el puño.

— ¿Qué le he hecho á usted, capitán? — siguió diciendo aquella pobre víctima. — ¿He robado algo? ¿He incendiado la casa? Y si lo he hecho ¿por qué no me lleva usted á juicio? Poner en duda la honradez de un criado que ha servido siempre con celo, porque se despide es una cosa muy mal hecha. ¡Vaya, qué manera de tratar á un pobre criado! No podía esperar esto de usted, capitán.

Conforme decía esto, iba andando Rob hacia atrás y acercándose, sin dejar de gimotear, á la puerta.

— Y has encontrado otro camarote, ¿eh? — dijo el capitán fijando la vista en el muchacho.

— Sí, señor, he encontrado otro camarote, puesto

que así lo llama usted — contestó Rob sin dejar de ir retrocediendo. He hallado un camarote mucho mejor que éste y para el cual no necesito los buenos informes de usted, lo que es una suerte para mí, después de los que usted me ha dicho, después de las ofensas de que me hace víctima sólo porque soy pobre y porque no quiero seguir mal porque usted está bien. ¿A usted le parece que eso que hace es conducirse como debe?

— ¡Basta ya! — exclamó con tranquilidad el capitán. — No sigas empleando esas palabras.

— Bueno; pues no emplee usted tampoco las suyas — repuso el cándido, lloriqueando aun más fuerte y cesando en su retirada. — Quítame usted la vida si quiere, pero no mi buena reputación.

— Escucha — dijo el capitán siempre tranquilo. — ¿Has oído hablar de cierta estaca?

— No señor — contestó el vituperado sirviente — no he oído nunca hablar de ese objeto.

— Bueno; pues si no tienes interés en tratar conocimiento con la estaca, lárgate. Ya te he entendido. Vete.

— ¿Me puedo marchar en seguida? — exclamó Rob sumamente contento. — Pero advierta usted que no soy yo quien se quiere marchar en el acto: usted es quien me lo manda. Y puesto que es usted quien me despide en el acto, me tiene que pagar el salario sin descontarme nada del mes.

El capitán sacó del armario su famosa cajita de hojalata, extrajo de ella unas monedas, y las echó encima de la mesa. Rob las fué cogiendo una á una y las ató formando un nudo en el pañuelo. Subió inmediatamente á su cuarto, se encaramó al tejado, se llenó el sombrero y los bolsillos de palomas, bajó á la

tienda, hizo un atillo de su ropa que tenía debajo del mostrador, sin dejar de gimotear y como si le fuese doloroso despedirse dijo:

— Buenas noches, capitán: me separo de usted deseándole prosperidades.

Y luego, pasando el umbral de la puerta hizo al guardia marina de madera la burlona señal de un palmo de narices y se marchó calle abajo triunfante.

Cuando el capitán se quedó solo cogió nuevamente el periódico y se puso á leer, como si no hubiera sucedido nada. Pero, no obstante la atención que el capitán ponía en la lectura no comprendía una palabra: la imagen de Rob se le aparecía á cada instante huyendo de columna á columna en el periódico.

El digno capitán podía no haberse creído abandonado enteramente hasta entonces; pero ya no cabía la consoladora ficción: perdidos estaban para él su viejo amigo Gills, Wálter, Delicias del corazón: veíase injuriado por Carker: finalmente, le abandonaba el falso Rob, aquél en cuya buena fe tanto había creído, con cuya fidelidad y adhesión tanto había contado, con quien se había mostrado bondadoso lo mismo que si se tratara de un compañero de naufragio, ambos milagrosamente salvados y acogidos en una isla desierta. Y Rob se había marchado, desertando traidoramente allí mismo, en aquel recinto sagrado, la salita que constituía el hogar; parecía imposible y era sin embargo muy cierto: si se hubiera hundido la sala no le habría sorprendido gran cosa al capitán: hasta hubiese perecido él mismo en el hundimiento, satisfecho.

Por esto leía el capitán con profunda atención el periódico sin comprender ni una palabra: por esto no quería pensar el capitán en Rob: tan solitario es-

taba como el mismo Robinsón Crusoe, y aun más, según sus pensamientos.

Lo mismo que si se encontrase enteramente preocupado por sus negocios fué el capitán al día siguiente á Leaden-hall Market, para entenderse con un guardián que prestara el servicio de abrir la tienda por la mañana y de cerrarla por la noche. Pasó después por la casa de comidas de donde le servían, para advertir que no llevaran en lo sucesivo á la tienda más que ración de una persona: y de igual modo previno en la cervecería que ya no hacía falta la cantidad que consumía el traidor.

— Es que mi chico ha conseguido una colocación mejor — expuso el capitán explicando la causa de aquellas modificaciones.

Finalmente, decidió el capitán posesionarse del lecho, bajo el mostrador, puesto que para guardar la tienda era mucho mejor acostarse allí que dormir en las habitaciones de encima.

De aquel lecho se levantaba el capitán todas las mañanas, á las seis, concluyendo siempre su tocado de Robinsón con la limpieza del sombrero de hule. Algo se habían atenuado sus temores de que le sorprendiera la tribu salvaje Mac Stinger, pero así como el famoso marino, aun no hallando señales de canibales se mantenía por costumbre en una prudente defensiva, nuestro infortunado capitán seguía guardándose cuidadosamente de los sombreros de señora. Durante una porción de días (en ellos recibió una carta de Toots anunciándole que se iba al campo) no vió el capitán absolutamente á nadie. En fuerza de estar solo, limpiando los instrumentos de cobre, ó leyendo detrás del mostrador, ó mirando por el escaparate, llegó á adquirir costumbres de reflexión no

interrumpida: así empezó á hacerle daño en la frente la raya que le producía su sombrero de hule.

Ya había transcurrido el año de plazo señalado para la apertura del testamento de Sol Gills. Resolvióse el capitán á abrir el paquete; pero como siempre pensó hacerlo en presencia de Rob, que se lo había entregado y como ya no tenía este autorizado testigo, veíase en grande apuro. Hallánlose en esta dificultad que le parecía invencible acertó á leer en las noticias marítimas del periódico que acababa de llegar al puerto la *Prudente Clara*, capitán John Bunsby, procedente de un viaje costero. Inmediatamente despachó al filósofo una carta rogándole que pasara por su casa lo antes posible y adjurándole que guardara inviolable secreto acerca de esta casa.

Bunsby, en su condición de hombre prudente que medita cuanto hace, tardó muchos días en darse cuenta de lo que procedía en vista de la carta. Por fin, madurada la idea envió prontamente á un grumete portador de un mensaje verbal que consistía en tres palabras: « Esta noche vendrá. » El mensajero cumplió su cometido pronunciando las misteriosas palabras desde la puerta de la tienda y desapareciendo en seguida.

Satisfechísimo el capitán de aquel mensaje, preparó pipas, ron y agua y se instaló en la trastienda tan pronto como encendió las luces. A las ocho oyó un náutico mugido en la puerta, seguido de un bastonazo en el escaparate, lo que dió á comprender al capitán Cuttle que su amigo entraba. Efectivamente Bunsby entró en la tienda, como de ordinario velludo y desceñido, la cara de color de caoba é inconsciente de cuanto le rodeaba por hallarse atento á lo que sucedía en alguna lejana parte del mundo.

— Bunsby — dijo el capitán al mismo tiempo que le estrechaba efusivamente la mano — ¿qué tal, camarada, qué tal?

— ¡Bien, bien! — contestó una profunda voz que salía de Bunsby sin que éste pareciera enterarse.

— Bunsby — añadió el capitán rindiendo homenaje á tan alto ingenio — ya estás aquí, tú, el hombre capaz de emitir una opinión más luminosa que el brillo del diamante, el que me haría confundir si quisiera el muchacho de los calzones embreados con el brillo de los diamantes (esto se halla en el Presupuesto de Stanfell: cuando lo encuentres, toma nota); tú, que has dado aquí mismo un parecer, justificado por los hechos en todos sus puntos...

Y el capitán era sincero al decir esto.

— ¡Oh, oh? — gruñó Bunsby.

— Al pie de la letra — contestó el capitán.

— ¿Por qué? — gruñó de nuevo Bunsby, mirando por primera vez á su amigo — ¿qué rumbo? Si es eso, ¿por qué no? Naturalmente.

Con estas palabras de oráculo, que embobaban al capitán sumiéndole en un océano de admiración y conjeturas, consintió el sabio en que su amigo le quitase su capa impermeable y entró en la trastienda. Sentóse á la mesa, echó mano á la botella de ron, se sirvió un buen vaso, luego cogió una pipa, la atascó fuertemente, la encendió y se puso á fumar sin decir más palabras.

El capitán hizo lo mismo que su amigo. En lo único que no pudo imitarle fué en la imperturbable actitud. Sentado el capitán cerca de la lumbre, observaba con respetuosa atención á Bunsby, en espera de que alguna pregunta de éste le diese margen para explicarle sus deseos. Pero nada: el filósofo de caoba pa-

recía abstraído á toda sensación que no fuera la del calor ó del tabaco. Una vez nada más, quitándose de los labios la pipa y antes de llevarse el vaso á la boca, murmuró con voz ronca, que su nombre era Jack Bunsby. Pero esta declaración no constituía tema suficiente para entablar un diálogo. Al fin el capitán se resolvió á contar la historia de Sol Gills, precedida de un elogioso exordio en honor de su oyente. En esta narración comprendió el capitán Cuttle los cambios que se habian verificado en su propia vida y acabó su relato depositando encima de la mesa el paquete cerrado.

Después de prolongada pausa, Bunsby movió algo la cabeza.

— ¿Abro? — preguntó el capitán.

Bunsby cabeceó de nuevo.

El capitán rompió entonces el sello, abrió el pliego y quedaron al descubierto dos papeles doblados. En uno de estos se leía: « Ultima voluntad y testamento de Solomón Gills », y en el otro: « Carta para Ned Cuttle. »

Bunsby, sin dejar de mirar aparentemente hacia la costa de Groenlandia parecía dispuesto á escuchar. El capitán tosió para preparar la garganta y empezó á leer en alta voz:

« Mi querido Ned Cuttle: Cuando salí de casa para encaminarme á las Indias occidentales... »

Aquí se detuvo el capitán y miró inquietamente á Bunsby; pero éste seguía con la vista fija en Groenlandia.

« ... desesperado por no tener noticias de mi Wálter bien sabía yo que si hubiera conocido usted mi propósito se habría opuesto á su realización ó hubiese querido acompañarme. Por esto lo he tenido secreto.



Cuando lea usted esta carta, Ned, probablemente estaré muerto. Perdona usted la locura de su viejo amigo : conduélase de quien inquieto y alterado ha emprendido tan insensato viaje. No hablemos más de esto. Poca esperanza tengo de que mi pobre muchacho llegue á leer estas líneas : ni tampoco espero que el franco y bondadoso rostro de Wálter vuelva á encontrarse ante la mirada de usted. »

— No, no — dijo el capitán Cuttle tristemente — no volveré jamás á verle.

Era su canto  
De todo el día

Bunsby, que tenía oído músico, inmediatamente completó aquella reminiscencia poética añadiendo :

Y nunca el llanto  
Le entristecía.

Con esto quedó muy afectado el capitán, pareciéndole que tributaba Bunsby un homenaje muy valioso á la memoria de su amigo : estrechóle la mano y se enjugó una lágrima diciendo :

— Bien, bien. Pero aflicción que dura, no tiene cura, como dice el volumen.

— Y no sirven los médicos — observó, Bunsby.

— No sirven — añadió el capitán. — ¿Para qué servirían cuando uno está á doscientas ó trescientas brazas bajo el agua?

Volvió el capitán á la lectura de la carta :

— Pero si Wálter estuviese presente á la apertura de este pliego (el capitán miró en tornó suyo y movió negativamente la cabeza) ó si más tarde tuviera conocimiento de mi carta (otra vez movió el capitán la cabeza de modo negativo) yo le bendigo. Caso de que

el adjunto testamento no se ajuste á las formas legales poco importa, pues no hay más personas interesadas que usted y Wálter. Mi desco es que si Wálter vive herede lo poco que poseo y si no vive, como temo, usted le sustituya en la herencia. Ya sé que ustedes respetarán mi voluntad. Dios se lo premie y Dios también les recompense por su buena y franca amistad con

SOLOMÓN GILLS. »

— Bunsby — añadió el capitán con acento solemne. — ¿Qué piensas de esto? Tú, aquí presente, hombre que ha tenido partida la cabeza tantas veces, desde la infancia y que de cada golpe ha sacado una idea nueva, ¿qué piensas de todo esto?

— Si es así — contestó Bunsby con desusada prontitud — puesto que ha fallecido mi opinión es que ya no volverá más. Pero si es que vive, mi opinión es que volverá. No. ¿Y por qué no? De modo que el alcance que haya de darse á esta observación depende de la aplicación que de ella se haga.

— Bunsby — dijo el capitán Cuttle que parecía estimar el valor de las opiniones de su amigo en proporción á la suma de dificultades que hallaba en comprenderlas — Bunsby — dijo el capitán confundido en admiración — tu cargamento de inteligencia es demasiado grande para mi tonelaje. Pero, por lo que á este testamento se refiere, no tocaré yo en lo más mínimo á nada; Dios me libre! y lo conservaré para su legítimo dueño. Tengo la esperanza de que Sol Gills no ha fallecido, creo que está vivo y que vendrá, si bien es sumamente raro que no me haya enviado alguna noticia. Y ahora Bunsby; no te parece que será bueno guardar estos papeles, haciendo constar en el

sobre que ha sido abierto en esta fecha y en presencia de John Bunsby y Edward Cuttle?

No hizo ninguna objeción Bunsby, atento á la costa de Groenlandia; de modo que reunidos los papeles, como habia dicho el capitán Cuttle, quedaron guardados en un sobre. El gran hombre descendió á la realidad un momento y puso su firma donde le dijo Cuttle, si bien por natural modestia no hizo uso en su escritura de ninguna letra mayúscula. El capitán firmó á su vez y en seguida guardó los papeles en el arca: instó á Bunsby para que encendiera otra pipa y tomara otro vaso de ron, bebió él también y se puso á fumar, meditando, al lado de la lumbre, acerca de la posible suerte del pobre amigo Gills.

En aquel instante aconteció una sorpresa tan abrumadora y terrorífica para el capitán Cuttle que á no haber sido por la presencia de su amigo Bunsby aquella hubiera sido para él su última hora.

Cómo se descuidó el capitán hasta el punto de dejar descorrido el cerrojo en la puerta de la tienda, cómo no cerró la puerta con llave, son cosas que no se pondrán en claro nunca y que deben cargarse exclusivamente en cuenta de la fatalidad. Lo cierto es que por aquella puerta no cerrada y en aquel apacible momento apareció la feroz Mac Stinger teniendo en brazos á Alejandro Mac Stinger y llevando en su séquito (sin contar con Juliana Mac Stinger y su encantador hermano Carlos) la confusión y la venganza. Entró tan silenciosa y suavemente que ni siquiera se enteró el capitán hasta que la tuvo en su presencia.

Entonces sí: al darse cuenta de la magnitud del peligro, el instinto de conservación le hizo ponerse en pie y tratar de salvarse fugándose. Precipitose hacia la puertecilla que daba á la escalera de la cueva

con la resolución de un hombre indiferente á las contusiones y magullamientos, preocupado únicamente por la idea de ocultarse en las entrañas de la tierra. Y probablemente hubiera conseguido el capitán este resultado á no haber sido por las cariñosas disposiciones de Juliana y de Carlos los cuales se le cogieron á las piernas clamando con lamentables gritos. Al mismo tiempo mistress Mac Stinger que no acometia acción alguna de importancia sin plantar en el suelo á su hijo Alejandro, dejaba á éste efectivamente en tierra, de la manera que ya recordará el lector. Cumplida esta formalidad abalanzóse la madre hacia el capitán con aire tan amenazador que si Bunsby no se hubiera interpuesto, las garras de aquella mujer habrían hecho presa en el desventurado Cuttle.

Los gritos de los dos mayores Mac Stinger y los quejidos del pequeño, contribuían al pavor de aquel cuadro. Restablecido al fin el silencio se encontró el capitán otra vez en presencia de su perseguidora: bañado en sudor la miró de una manera humilde.

— ¡Oh, capitán Cuttle, capitán Cuttle! — dijo mistress Mac Stinger sacando con acometividad la cara y meneando el puño. — ¿Aun se atreve usted á mirarme? ¿No sería mejor que se escondiera usted en una chimenea?

El capitán que no parecia atreverse á mucho murmuró con voz apenas perceptible « ¡Firme, muchacho! »

— ¡Oh, qué loca y confiada he sido al recibir á usted, capitán Cuttle, bajo mi techo! — exclamó la querellante Mac Stinger. — Cuando pienso en los beneficios que he hecho á este hombre, de qué manera he enseñado á mis hijos á que le quieran y le respeten como si fuera un padre; cuando considero que no hay

casa de huéspedes en el barrio que no sepa cuánto dinero estoy perdiendo con este hombre, con este borrachón, con este hocicón — mistress Mac Stinger pronunció esta última palabra más por figura retórica, paronomasia y agravación, que por expresar una idea. — Cuando todos á una lamentan que este hombre ocasiona tantos perjuicios á una pobre mujer tan hacendosa como yo, tan cuidadosa de sus hijos, tan limpia que se puede comer en cualquier lugar del suelo de su casa; sí, se puede comer y hasta tomar el te si se ofrece, hasta en la escalera... Valía la pena de tomarse tantos cuidados por un borrachón, un hocicón como éste!

La querellante se detuvo para darse un respiro : estaba radiante de júbilo cuando repitió lo de « hocicón » dirigiéndose al capitán.

— ¡ Y este hombre se escapa ! — continuó la patrona del capitán, pronunciando esta última palabra de tal modo que el desventurado se creyó, él mismo, el más cobarde de los hombres. — Y este hombre se escapa, se me escapa y se esconde durante doce meses... ¡ Huir de una mujer ! Ya le remuerde la conciencia : así no tiene ánimo para mirar de frente. Se escapa, como quien comete una felonía. ¡ Ya, ya ! — prosiguió mistress Mac Stinger precipitadamente — que se me escape éste (y señalaba al más pequeño de sus chicos) que se me quiera escapar éste y entonces sabrá quien soy yo : ya le enseñaría yo entonces quien es su madre : ya le haría yo que no se le olvidase en toda su vida !

Interpretando estas palabras como una positiva promesa, el chicuelo Alejandro se espantó de tal modo que volvió á los desaforados gritos arrastrándose por el suelo : tan grande fué el escándalo que mistress Mac Stinger consideró prudente coger en brazos á su

hijo : sólo que para tranquilizarle le dió unos meneos capaces de descoyuntarle.

— Bonita suerte es un hombre como éste — dijo mistress Mac Stinger enérgicamente. — ¡ Vamos ! que perder el sueño por él, y no comer y no beber y llorar á lágrima viva creyendo que se ha muerto y correr por las calles lo mismo que una desesperada preguntando por él... Vamos, que es una bonita suerte este capitán Cuttle... ¡ Ja, ja ! Bien merece que una se preocupe por él y se tome interés por él... ¡ ja, ja ! Dios le bendiga... Capitán Cuttle — dijo la patrona pasando en rápida transición al tono serio — ¿ va usted á volver á casa, sí ó no ?

El capitán buscó el sombrero con la vista, pronto á ponérselo y á salir obedientemente. — Capitán Cuttle — añadió la patrona con la misma voz determinada — le pregunto á usted si va á volverse á casa, sí ó no.

El capitán parecía inclinado á volverse, en efecto, pero se atrevió á murmurar débilmente que no había razón para tanto ruido.

— ¡ Ea, ea ! — dijo Bunsby de una manera cariñosa. — Basta ya, buena moza, basta !

— ¡ Vamos, hombre ! Y usted ¿ quién es ? — repuso mistress Mac Stinger altiva. — ¿ Ha vivido usted alguna vez en el número nueve de Brig Place ? Diga usted, caballero ; porque pudiera equivocarme, pero me parece que no le he visto á usted en mi vida. Puede que me confunda usted con mistress Jollson que vivió en el número nueve antes que yo : es el único supuesto que explicaría la familiaridad de usted al hablarme.

— ¡ Ea, ea, buena moza, ya basta ! — repitió tranquilamente Bunsby.

Á pesar de la grande admiración que al capitán

Cuttle inspiraba su amigo, lo estaba viendo y no podía creerlo : estaba viendo que Bunsby se atrevía á coger con su velludo brazo la cintura de la patrona. Aquel procedimiento fué mágico. Con esto y con unas cuantas palabras — muy pocas — la furiosa mujer rompió en llanto : un niño podía dominarla en estas condiciones : de tal modo había perdido sus bríos.

Aquella fiera completamente amansada se dejó persuadir de Bunsby saliendo del comedor á la misma tienda. Bunsby volvió á entrar en el comedor llevándose á la tienda una vela encendida y las botellas de agua y de ron : todo esto sin pronunciar una palabra. El capitán creía estar soñando. Poco después entró Bunsby de nuevo en el comedor con su abrigo sobre los hombros.

— Cuttle — dijo — me la llevo á su casa.

Más aturdido el capitán que si le hubieran puesto unos grilletes para conducirlo preso á Brig Place, vió que toda la familia Mac Stinger se iba con la patrona á la cabeza. Apenas tuvo tiempo para sacar de la caja de hojalata unas cuantas monedas dando parte de ellas á Juliana, su predilecta, y parte á Carlos, porque tenía la estructura de un futuro marino. Bunsby le aseguró en voz baja que llevaría la expedición viento en popa y con estas palabras se despidió del capitán cerrando la puerta detrás del último expedicionario.

Quando volvió á encontrarse solo en su comedorcito sintió que se ponía malo : le pareció que desperataba de una pesadilla ; no sabía si había visto á la familia Mac Stinger de carne y hueso ó si sólo se le habían aparecido fantasmas. Luego volvió á su incommensurable admiración por el comandante de la

« Prudente Clara » : y así quedó como sumido en arrobamiento.

Pero según iba pasando el tiempo, visto que Bunsby no volvía, empezaron á mortificar al capitán muchas extrañas dudas. ¿ Habría sido secuestrado Bunsby en Brig Place y estaría prisionero allí, en rehenes por causa suya? En este caso su honor le imponía el deber de presentarse inmediatamente y obtener la libertad de su amigo á costa de la suya. ¿ Habría sido atacado Bunsby por su enemiga y, vencido, no se atrevería á presentarse á él, de vergüenza? Tal vez habría cambiado de parecer mistress Mac Stinger, por la inseguridad de su carácter, y volviéndose atrás estaría para abordar al guardia marina. También podía suceder que Bunsby pretextando guiar á los Mac Stinger tratase de hacer que se perdieran por callejuelas desconocidas y laberínticas.

En todo caso, era gran preocupación del capitán el saber qué haría si Bunsby no parecía más y si nunca jamás volvía á oír hablar de los Mac Stinger ; cosas ambas probables según el giro que tomaban los acontecimientos.

Mucho discurría sobre tan complicado problema. Bunsby no volvía. Cansado, procedió á hacerse la cama bajo el mostrador. Y Bunsby no volvía. Por último, ya sin esperanza ninguna, al menos por aquella noche, empezó á desnudarse. De pronto oyó el rodar de un coche que se acercaba, que llegaba delante de la tienda y se paraba. Al momento oyó también la voz de Bunsby : le llamaba.

Pero ¿ y si no había logrado Bunsby deshacerse de mistress Mac Stinger y volvía con ésta en el coche?

Abrió temblando. Pero no ; la compañía que traía Bunsby era una gran maleta cuadrada. El capitán

Cuttle ayudó á descargar la maleta y á meterla en la tienda. Era su equipaje, la caja que habia dejado abandonada en Brig Place. Miró atentamente á Bunsby y le pareció que estaba aguantando un vendaval sobre triple ancla : dicho de otro modo, que cabeceaba por razón de una buena pítima. Sin embargo, era difícil tener seguridad de esto, pues la cara del marinero no resultaba ni más ni menos expresiva que de costumbre.

— Cuttle — dijo su amigo señalando la caja que ya habian destapado — ¿es esta tu ropa?

El capitán Cuttle miró y reconoció su propiedad.

— Está hecho pronto y bien ¿eh, compañero? — dijo Bunsby.

Agradecido y admirado el capitán estrechó la mano de su amigo y ya se disponía á replicar expresivamente, cuando Bunsby se desprendió sacudiendo su brazo y haciendo una mueca para guiñar un ojo. Pero aquel esfuerzo, en el estado en que se hallaba, le hizo perder el equilibrio y faltó poco para que se cayera. Abrió bruscamente la puerta y se marchó en busca de la « Prudente Clara » — así volvía generalmente á bordo siempre que estaba satisfecho de haber cumplido algún deber en tierra.

No quiso ir el capitán Cuttle en busca de su amigo al siguiente día por miedo á molestarle sabiendo que no le gustaban las visitas. Por lo mismo tampoco se decidió á mandarle recado : optó por esperar á que él mismo se dejara ver ó por lo menos esperar á que transcurriera algún tiempo. En tanto volvió el capitán Cuttle á su vida de soledad. Largos días y largas noches pasó el capitán Cuttle pensando en el viejo Sol Gills y en la opinión de Bunsby respecto á la posibilidad de que el desaparecido volviese. Sí;

cuanto más reflexionaba el capitán mayores esperanzas tenía : con estas esperanzas, tan gratas para su corazón, se ponía á la puerta (ya se atrevía á hacerlo, desde que por arte tan extraordinario habia asegurado su libertad) y allí esperaba como si fuese á llegar su viejo amigo. Cuando se recogía en la trastienda lo disponía todo lo mismo que si Sol estuviera para llegar de un momento á otro : hasta la silla de Sol Gills ocupaba su sitio, al lado de la mesa. Con pensamiento delicado quitó de la pared y escondió una miniatura que representaba á Wálter niño : temía que el anciano experimentase triste emoción al verla. Sus presentimientos llegaron á tener una fuerza tan grande que un domingo no vaciló ya más y encargó dos raciones para la hora de comer, seguro de que aquella tarde Sol llegaba. Pero no llegó ni aquel domingo ni después y los vecinos siguieron viendo siempre solo al marino, con el sombrero de hule puesto, por las tardes á la puerta de la tienda sentado, mirando calle arriba, calle abajo, esperando.